

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

UNA CORTA BUFONADA DE TABLADO

Ya la vez una suerte de paroxismo de la modernidad artística. A ver. ¿Se conocieron los dos monstruos sagrados de las letras modernas, esto es Joyce y Marcel Proust? Ambos vivían en la misma ciudad. ¿Se encontraron? Sí, en una sola ocasión, en una fiesta. Ahora bien, en esa ocasión no sólo se hallaban presentes ellos dos, sino también otros dos famosísimos conspicuos: Picasso, en exploraciones neoclásicas por aquellos días, y Stravinski, en búsquedas parecidas.

La reunión tuvo lugar el 18 de mayo de 1922 en un salón privado del Majestic, hotel de lujo en la avenida Kléber, cerca del Arco del Triunfo en París. Fue cena para cuarenta invitados, organizada por un brillante organizador, nada menos que Diaghilev, el legendario empresario de los Ballets Rusos que conmovieron los años veinte.

La ocasión fue el estreno de *Renard-Zorro*, un delicioso juguete de veinte minutos para cuatro bailarines, cuatro cantantes y catorce músicos, compuesto por Stravinski. Financiaron el festejo un dúo de mecenas, “una pareja inglesa rica, cultivada y cosmopolita, Violeta y Sydney Schiff”, asienta Richard Davenport-Hines, de quien tomo estos datos.



James Joyce sin Marcel Proust.

Stravinski, siempre puntilloso, estaba a la vez complacido y disgustado con el estreno: la ejecución del ballet (decorados de Larionov, coreografía de Nijinska, etc.) le pareció magistral, pero abominó de que Diaghilev, dictatorial como solía, hubiera aplastado su delicada bufonería en el programa situándola entre pesadísimas obras de Chaikovski y Borodín.

Joyce llegó primero que Proust. Sin ropa adecuada, sin frac y, al parecer, ya algo achispado. En ese año había dado a la estampa su novela *Ulyses*, que pronto sería prohibida por obscena en países de lengua inglesa, hecho que desencadenaría su celebridad.

Proust, que vivía a una cuadra del hotel Majestic, entró a medianoche, palidísimo, los ojos como laca japonesa, envuelto en su abrigo de piel. El príncipe Antoine Bibesco ha dejado recuerdo

de lo que fue saludar de mano a Proust: “Hay muchos modos de dar la mano, no es demasiado decir que es un arte. [Proust] no era bueno en este arte. Su mano era blanda, acuosa, y no había nada agradable en el modo flojo como realizaba la acción.”

“Alguien acostumbrado a los chistes malos —contó la Duquesa de Clermont-Torrene, que conocía bien a los dos— sentó juntos a Joyce y a Proust.” ¿Y de qué hablaron? El ambiente era tenso, aunque ambos eran conocidos por la elaborada cortesía que acostumbraban, sin duda, como forma de reserva.

Nadie sabe bien a bien qué se dijeron los dos maestros, se repite mucho que se interrogaron acerca de lecturas. “¿Ya leyó usted X?”, preguntó uno. “No, monsieur, lo siento.” Y lo mismo el otro. A mí me parece en extremo errada y aun absurda esta hipótesis.

Más probable es la conjetura de William Carlos Williams, según la cual los escritores se quejaron de sus diferentes enfermedades: (Joyce) “He tenido dolor de cabeza todo el día. Y mis ojos están muy mal.” (Proust) “Mi pobre estómago, me está matando. No sé qué hacer...”

Y eso sí me parece verosímil, y hasta muy probable. Sólo extraño el glaucoma de uno, con sus inacabables operaciones, y la no menos temible asma de Proust. A fin de cuentas eran dos impedidos, dos impedidos que fueron, sin embargo, trabajadores infatigables. —

— HUGO HIRIART

CARTA DESDE LA CRISIS CRIMEN SIN CASTIGO

Ser empleado bancario es uno de los trabajos más complicados hoy en Estados Unidos. Los empleados de la sucursal de JP Morgan Chase ubicada en la calle 63 y Broadway, en Nueva York, tienen que enfrentar cada día la misma pregunta: ¿cuánto tiempo va a durar la crisis? Este es un signo de la economía moderna: las crisis primero son psicológicas y luego económicas.

Hoy Estados Unidos enfrenta la peor pesadilla, y sus signos se multiplican en pequeños detalles. La gente luce preocupada y las macrotiendas, casi vacías; los diarios tienen poca publicidad; la economía es un miedo que se percibe y se respira.

En el mundo protestante en que Adam Smith fundó la economía política, a cada pecado corresponde un castigo. Fue así como nació la preeminencia del pensamiento económico sobre el comportamiento social en Estados Unidos.

Ondeando la bandera del liberalismo económico, en 1929 el mundo tuvo que pagar las consecuencias de la avaricia con que explotó hasta la saciedad el sistema bursátil estadounidense. El 24 de octubre de ese año ocurrió el primer “jueves negro” que se recuerda en la historia de las especulaciones financieras, cuando la furia de Dios se manifestó contra la ambición sin límite de aquellos guiados por la avaricia.

En esa ocasión, los juegos bursátiles pusieron al mundo en peligro y dieron pie a la configuración de la era moderna. Franklin Delano Roosevelt, hijo político de la Depresión, jamás hubiera llegado al poder sin la fractura económica, pues siendo gobernador de Nueva York convocó a la elaboración de un programa anticrisis que le permitió ganar las elecciones presidenciales de 1932 con la promesa de “un nuevo trato para el pueblo estadounidense”.

Desde entonces en Estados Unidos ha prevalecido el poder federal sobre la vida cotidiana. Ahora, cuando inicia

la era del *postbushismo*, comienza también la reflexión sobre dónde están, quiénes son y hacia dónde quieren ir.

En este contexto, el estadounidense promedio se ve obligado a enfrentar la peor de sus pesadillas: la convulsión de su moneda.

La traición a los valores de los Padres Fundadores—pelear guerras sin razón o ser considerados como el *enemigo* por el resto del mundo—no tiene importancia hasta que se presenta el verdadero castigo de la crisis económica.

Cuando John Steinbeck, uno de los grandes narradores americanos, describió en *Las uvas de la ira* la historia de una familia del *Middle West* que huía de la miseria, trazó a la América profunda arruinada en la década de 1930 por la tromba financiera que había hecho impagables las hipotecas.

Hoy, la historia se repite. En cincuenta años, ésta es la primera vez en que la clase media siente que no progresa. Según un reciente estudio realizado por el Pew Research Center y Gallup, veinticinco por ciento de los estadounidenses considera que en los últimos cinco años no ha mejorado su calidad de vida, mientras 31 por ciento cree que ha retrocedido.

El 16 de marzo de 2008, cuando Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal, autorizó que el sistema central bancario suministrara treinta mil millones de dólares a JP Morgan Chase & Co. para comprar el banco Bear Stearns, nuevamente surgió una de las transformaciones más apasionantes de la historia moderna de Estados Unidos.

En 1929, el sistema dejó que los bancos se hundieran; ahora el banco central no les permitirá quebrar, por lo cual se han tomado una serie de medidas para impedir una posible recesión.

Bernanke aclaró de manera contundente que el gobierno norteamericano no implementará una suerte de Fobaproa. La fórmula establecida contiene garantías que aseguran ser benefactoras y legales; de lo contrario la Reserva Federal no sólo sería dueña de Bear Stearns sino de JP Morgan Chase & Co.

Las medidas instrumentadas por el

gobierno de George W. Bush no sólo buscan atajar una crisis financiera, sino resolver un problema coyuntural: Bernanke—como un nuevo Moisés—abrió las aguas de la crisis para que las tribus del pueblo elegido pudieran seguir comprando.

El mal ejemplo

En 2008, ¿quién es el culpable de la crisis?

Desde 1950 no ocurría que el bien esencial de un estadounidense de clase media, su casa, perdiera valor. La causa es, en el fondo, muy simple: enfrentamos un proceso de transformación de sociedades industriales a sociedades consumistas, y en el consumo hemos fijado la esperanza para sobrevivir.

Tras la invasión de Iraq, en 2003, un grupo de periodistas preguntó a George W. Bush qué podía hacer el honrado John—la clase media—para apoyar el esfuerzo bélico y estar en consonancia con su gobierno; sin titubear respondió: “go shopping” (vayan de compras). Esta petición podría parecer una simplificación del conocimiento humano, habitual en el ex gobernador de Texas, pero es todo lo contrario: la evidencia del cambio que vivimos y la razón por la que Bernanke está dispuesto a emplear millones de dólares para financiar el consumo, contrario a la práctica que durante años fue parte fundamental de la estructura económica norteamericana: el ahorro como medida preventiva.

Estados Unidos ha basado su crecimiento económico en dos factores fundamentales. El primero: la práctica de vivir el día a día por encima de las posibilidades reales de cada individuo, hipotecando—si es preciso—varias veces su patrimonio. El segundo: la supremacía de la sociedad de consumo, que ha hecho que el bien a proteger sea el consumo y no la producción.

Para mantener el sueño americano, el sistema financiero ha tenido que padecer cismas en muchas ocasiones. Este fue el caso de Enron, una de las diez empresas más importantes en ese país, que demostró que las normas contables tenían una serie de defectos que permi-



El nuevo Nuevo Trato: Go shopping!

tían la sobreexplotación del consumo. Una de las consecuencias de la política económica nacida en 1944 fue el cumplimiento de las normas comúnmente aceptadas como salvoconducto en el sistema económico mundial. Enron acabó de un plumazo con esta situación.

En sólo un año, 2001, el gigante de la energía reportó ganancias por más de mil millones de dólares; en diciembre, sin embargo, se había declarado en quiebra argumentando deudas por más de treinta mil millones. Este escándalo, que llegó hasta los tribunales, afectó gravemente a Arthur Andersen, una de las firmas de auditoría contable que durante años rigió la economía mundial.

Sin embargo, y pese a las enormes pérdidas generadas, la crisis fue controlada; el sistema se depuró a fuerza de producir leyes como la Sarbanes-Oxley, que busca evitar que las empresas eludan la responsabilidad de sus actos gerenciales basándose en el desconocimiento y la falta de control sobre la información financiera reportada a los mercados.

En la crisis de Enron hubo crimen y castigo. La gente pudo respirar sabiendo que algo no había funcionado bien pero que los errores se habían rectificado, consolidándose así la economía fuerte y liberal de Estados Unidos: cualquier verdad, por cara y vergonzosa que sea, es más barata que una mentira colocada en el sistema.

Ahora hay un nuevo crimen y, sin

embargo, el sistema, encabezado por la Reserva Federal, y con la plena complicidad del mandatario estadounidense, e incluso de los candidatos a la presidencia, es incapaz de reconocer que si hubiera que castigar a alguien sería al sistema en su conjunto.

Una regla de oro de la economía mundial dice que nunca hay que poner dinero bueno sobre dinero malo. Esta es la característica más grave de la crisis actual: no se debe a ciertos excesos amparados por otros sino a un conjunto de acciones que, al grito de “¡consumo!”, ha terminado por destruir la estructura ortodoxa del sistema económico.

La conversión de sociedades de producción en sociedades de consumo es un caballo que cabalga desbocado por una senda que, lejos de frenarlo, le incita a ganar una competencia que no tiene meta.

El 20 de enero de 2009, cuando el próximo presidente de Estados Unidos —sea un afroamericano, una mujer o un héroe de guerra— jure en la explanada del mall en que se ha convertido el Capitolio, más allá de presentar las pautas que marcarán su gobierno, deberá decidir si quiere gobernar un país y un mundo caracterizados por el consumo o si prefiere decir a los que gastan sin límite que la fiesta se acabó. —

— ANTONIO NAVALÓN

CINE

SHYAMALAN: LA INOCENCIA PAVOROSA

La inocencia o el desconocimiento como campo fértil para que florezca el horror: “¿Sabes qué es lo más pavoroso? Ignorar cuál es tu lugar en el mundo. Ignorar por qué estás aquí. Es un sentimiento terrible [...] Ahora que sabemos quién eres, yo sé quién soy.” Las palabras de Elijah Price (Samuel L. Jackson), el coleccionista de cómics que en *El protegido* (2000) asume su condición de archivillano con el nombre de Señor Vidrio, van dirigidas a David Dunn (Bruce Willis), el

guardia de seguridad que a su vez debe asumir la condición de superhéroe; sin embargo, pueden aplicarse al resto de los personajes que deambulan por la pentalogía sobrenatural de M. Night Shyamalan, completada por *Sexto sentido* (1999), *Señales* (2002), *La aldea* (2004) y *La dama en el agua* (2006). (En verano de 2008 llega *The Happening*, sobre la paranoia de cara a un posible desastre ecológico.) Para el cineasta y guionista nacido en 1970 en Pondicherry (India) pero criado en un suburbio próspero de Filadelfia, ciudad que en *Sexto sentido*, *El protegido* y *La dama en el agua* deviene zona psíquica, asumir es un verbo de tintes metafísicos que echa a andar los engranajes del extrañamiento y el miedo ante la irrupción de lo ignoto. Pensemos en Cole Sear (Haley Joel Osmont) y Malcolm Crowe (Bruce Willis), la pareja protagónica de *Sexto sentido*: mientras que el primero sabe que su lugar en el mundo es el del niño *freak* que ve gente muerta todo el tiempo, el segundo tiene que renunciar al candor que le permite continuar desempeñándose como psicólogo infantil para saber quién es: un fantasma que vaga sin mudar de atuendo por las calles de Filadelfia. Algo similar sucede con el Graham Hess (Mel Gibson) de *Señales*: pese a las evidencias de una invasión alienígena a escala global, él mantiene el escepticismo que lo hizo abandonar su lugar en el mundo como sacerdote hasta que redescubre la fe justo gracias a aquello cuya existencia ha negado: la otredad, encarnada en este caso por la esfera extraterrestre. Otro tanto ocurre en *The Cove*, la unidad habitacional donde se desarrolla esa puesta en abismo sobre el poder de la fabulación que es *La dama en el agua*: aun en contra de sus verdaderas identidades, los inquilinos deben ser consecuentes con los roles arquetípicos —el curandero, el guardián, el intérprete— que les adjudica la historia dentro de la historia narrada por Story, la ninfa que busca regresar al cuento del que se fugó.

Experto en tramas de bordes religiosos —no en balde sus personajes se encuentran en iglesias (*Sexto sentido*), o



La nueva película de Shyamalan: el desastre ecológico.

se dedican a la vida eclesiástica (*Señales*), o pertenecen a comunidades cerradas que evocan *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne (*La aldea*)—, Shyamalan ratifica que la inocencia es un territorio por el que pugnan fuerzas antagónicas. Los niños de *Sexto sentido*, *El protegido*, *Señales* y *La dama en el agua* contribuyen de un modo u otro a que sus mayores se deshagan de la venda que les impide ver quiénes son en realidad; esta lógica se invierte eficazmente en *La aldea*, una de las cintas más logradas y menos comprendidas del director, donde son los adultos quienes imponen esa venda a los menores en forma de una utopía fincada en el terror atávico. Rodada en la Pensilvania rural que conocimos a través del Bucks County de *Señales*, *La aldea* se ubica en Covington, un villorrio de sesenta habitantes lejos del progreso y cerca del primitivismo, representado por la tupida floresta que lo circunda; un microcosmos que halla su contra-

parte urbana y nominal en *La dama en el agua* merced a *The Cove*. Además de los ecos del puritanismo denunciado por medio de Hester Prynne, la gran heroína hawthorneana, en Covington resuenan los gañidos de los amos y señores del bosque: criaturas carnívoras que remiten a los seres primordiales de H.P. Lovecraft y que han pactado una tregua con los aldeanos para no violar su perímetro, y de las que nos enteramos sólo por alusión. La tregua, no obstante, concluye a raíz de que el joven Lucius Hunt (Joaquín Phoenix) pide permiso para internarse en la arboleda y llegar al orbe civilizado; es así como las criaturas se empiezan a manifestar dentro de Covington mediante huellas casi bíblicas que superan en energía ancestral a los *crop circles* de *Señales*: becerros despellejados, marcas en las puertas que hacen pensar en un ángel exterminador. Quien acaba por incursionar en terreno prohibido es Ivy Walker, la prometida de Lucius: epítome del candor cuya ceguera, paradójicamente, no es obstáculo para retirar la venda diseñada por los adultos; una venda que la misma actriz (Bryce Dallas Howard) vuelve a quitar en *La dama en el agua* en el papel de la ninfa Story. Depuración de ciertos motivos shyamalanianos—el agua como elemento siniestro en la acepción freudiana; el sótano y la oscuridad como cristalizaciones del inconsciente— a la vez que metáfora sobre el origen de las mitologías, *La aldea* coincide con Goya en que los sueños de la razón producen monstruos; envueltas en capas rojas, el color pasional que los aldeanos deben rehuir, las criaturas del bosque resultan ser el mecanismo ideado y encarnado por los mayores para que los menores ignoren quiénes son: los vástagos de un grupo que se ha aislado en una reserva ecológica para fundar una quimera social de espaldas a la barbarie contemporánea. Con cada nueva película, M. Night Shyamalan sigue adentrándose con paso firme en esa región donde la inocencia y el pavor confluyen para diluir sus fronteras y generar, sin más, una inocencia pavorosa. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

PÓCIMAS TOME AJOLOTE

Cuando tenemos el sentimiento de que no hay nada nuevo bajo el sol, de que cualquier sorpresa nos llega reciclada y nuestra capacidad de asombro está en vías de extinción, lo inaudito puede resurgir en el lugar menos esperado:

Jarabe de Ajolotes Serrano
Suplemento alimenticio

Entre los anaqueles de una tienda naturalista, al lado de remedios alternativos y productos vegetarianos, se yergue inconsecuente este frasco. ¿Quién habrá podido incluir algo tan claramente animal en una tienda donde ofrecen sustitutos de soya para carne al pastor? Peor aún, ¿a quién se le pudo ocurrir que los ajolotes dan para jarabe?

De antemano no habría que negarle la posibilidad de ser equivalente a la Emulsión de Scott o al aceite de hígado de tiburón, pero apareja otros riesgos. Después de la primera cucharada podría sobrevenir una transmutación como la del “Axolotl” de Julio Cortázar: quedar prisionero en el bote de plástico mientras un almizcle de batracio se adueña del propio cuerpo, que deja de serlo cuando aquello termina de resbalar por una garganta cada centímetro más ajena y escamada.

La primera reacción ante el brebaje es acercarlo con cautela al oído y agitarlo, como si fuera posible percibir a los ajolotes ahí dentro, también expectantes, tratando de captar la causa de esa súbita marea. El ingrediente principal, obvio si no fuera tan bizarro, es concentrado de ajolote. La imagen de varios de ellos en una licuadora industrial, mirando el dedo que se acerca a los botones de velocidad, es como para deprimir a cualquiera.

El ajolote es tan anfibio como ambiguo. Nunca sale del agua y permanece como larva toda su vida para evadir los rigores del estado adulto y la vida terrestre, por eso se le conoce como el Peter



El ajolote, anfibio ambiguo.

Pan de la familia salamandroidea. A la ciencia y a las grandes farmacéuticas les interesa por su capacidad de sanar sin cicatrizar y de regenerar en unos meses extremidades, piel y estructuras más vitales como el sistema nervioso, corazón o cerebelo.

Debido a esa capacidad simultánea de renovación y evasión del cambio, además de materia prima para jarabe el ajolote ha sido ingrediente de la literatura. Roger Bartra lo adoptó como mascota arquetípica de la identidad mexicana en *La jaula de la melancolía*, y alterna los ensayos del libro con breves disertaciones sobre este bicho. Salvador Elizondo tuvo varios como mascotas y los usó para las más variadas observaciones experimentales, además de incluir un texto sobre ellos en su *Antología personal*.

Además de Cortázar, Primo Levi lo retrata en el cuento "Angelica Farfalla" y René Daumal incluye en su novela *La Grande Beuverie* una extensa metáfora en la cual expone que se puede forzar a un ajolote a entrar en la madurez (con más yodo en el ambiente muta en salamandra), pero no al ser humano, que debe desear semejante transformación.

Si ciertos placebos pueden ayudar en el tratamiento de enfermedades, especialmente las psicósomáticas, ¿por qué no patentar entonces medicinas cuyo ingrediente activo sea la imaginación? Nadando entre todas ellas estarían los

ajolotes en jarabe. Sin embargo, y a pesar de que en la esencia del ajolote está el regenerarse, no hay que consumir esta pócima. El ajolote está desapareciendo de Xochimilco, único lugar del mundo donde se encuentra en estado natural. Recientemente se le listó en peligro crítico de extinción, y de tomarse en otra dosis que la literaria ésta pronto será la única presentación disponible. —

— GONZALO SOLTERO

BILINGÜISMO

EL ESPAÑOL EN ESTADOS UNIDOS

Entrevista con Gerardo Piña y Gonzalo Navajas

Dos profesores universitarios españoles, Gerardo Piña, del neoyorquino *Lehman College*, y Gonzalo Navajas, de la californiana *Irvine*, analizan la situación del idioma español en ambas costas de Estados Unidos. Uno y otro han publicado sendas novelas en la editorial madrileño-americana *Verbum*, y Piña acaba de preparar un libro pionero, *Escritores españoles en Estados Unidos (Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2007)*.

El español es la segunda lengua más hablada en Estados Unidos, ¿pero cuál es su presencia en la vida cotidiana?

Gonzalo Navajas: El español es un caso singular dentro de la historia americana: durante siglos fue la lengua de amplias zonas del país, desde California hasta Texas y Luisiana. No ha sido nunca una más de las lenguas minoritarias que se hablan en Estados Unidos, como el alemán e italiano en el pasado o el vietnamita y coreano en la actualidad; ha sido siempre parte de la vida social americana. En el oeste se habla cotidianamente, sobre todo entre los segmentos populares, gracias a que en las últimas dos décadas se ha producido una gran explosión demográfica de la población de habla hispana. Hay en la actualidad unos cuarenta millones de hablantes del español en Estados Unidos y su peso económico, cultural

o incluso político es creciente. Se dice que Los Ángeles es, por su población mexicana, la segunda ciudad más grande de México, por delante incluso de Monterrey y Guadalajara. San Diego tiene también una población latina enorme, y lo mismo puede decirse de otras ciudades de California, Arizona, Nuevo México y Tejas.

Gerardo Piña: Cuando hablamos de la costa este de Estados Unidos hay que tener en cuenta que nos referimos a una vasta y variopinta región, desde Nueva Inglaterra hasta el extremo sur de Florida. Si hablamos de Florida —particularmente de Miami— y de Nueva York, la presencia del español y su uso en la vida cotidiana son evidentes. Ahora bien, en Florida prima el habla cubana, aunque también hay ya gente de toda América Latina. Nueva York y sus alrededores están poblados por cientos de miles (cuando no millones) de puertorriqueños, dominicanos y, en menor cantidad, emigrados de toda Hispanoamérica.

¿El bilingüismo es algo que crea problemas o se vive con fluidez y naturalidad?

Gonzalo Navajas: El bilingüismo se vive en fases alternantes de apertura y tensión. El caso de California —que tiene 38 millones de habitantes— es ilustrativo: el segmento hispano está próximo a ser mayoritario, si no es que ya lo es. Esta situación ha producido reacciones defensivas. Durante años hubo programas bilingües en numerosas escuelas; luego hubo un movimiento hostil ante esto. Los oponentes argüían que ello obstaculizaba la integración de los niños hispanos en el *mainstream* americano. No era así, pero se utilizó el miedo y la "amenaza latina" para aprobar en una votación la supresión efectiva de estos programas.

Gerardo Piña: El bilingüismo, que ha sido muy estudiado, no es igual en todas partes ni en todos los estamentos sociales. Hay tres tipos de personas bilingües: los diglósicos, capaces de usar perfectamente una u otra lengua según el contexto; los bilingües, que hablan las dos lenguas pero que sólo dominan

el nivel escrito de una de ellas, normalmente el inglés; y los bilingües pasivos, que dominan el nivel comprensivo de la lengua, pero no el oral.

¿Cuáles son los rasgos del español que se habla en ambas costas?

Gonzalo Navajas: El español es, en buena parte, la lengua de la inmigración hispana a Estados Unidos y, por lo tanto, refleja el origen nacional de los inmigrantes, que traen consigo la variante léxica y fonética de su país. Cuando se produce el contacto constante de dos comunidades lingüísticas y culturales, es natural que se produzcan intercambios entre ellas. El español de Estados Unidos está influido por vocablos y expresiones del inglés, y palabras como “carro” en vez de “coche”, “elevador” en vez de “ascensor” y “marqueta” en vez de “mercado” se usan de manera constante. El lenguaje no es un instrumento inerte; es un cuerpo vivo y en evolución que crece, se desarrolla y se transforma. Por otra parte, el intercambio entre el español y el inglés no es unidireccional: el inglés también recibe influencias del español.

Gerardo Piña: Si en la costa oeste predomina el español chicano, en el este el español suele ser caribeño, mayoritariamente puertorriqueño y dominicano en Nueva York y cubano y centroamericano en Florida. En el español de esta zona son frecuentes los préstamos de palabras, la transferencia de formas con sus significados: “mapear” (de *to mop*) por trapear; “rufo” (de *roof*) por techo; etcétera. También se dan los calcos, ya sea de una palabra (“moverse” incorpora el significado del inglés *to move* [mudarse de casa] y “atender”, el de *to attend* [asistir]) o los que involucran más de una palabra sin alterar los rasgos sintácticos del español: “máquina de contestar” es *answering machine* (contestador automático). Otro fenómeno es la llamada alternancia de códigos (*code-switching*), el uso del inglés y el español en un mismo turno de habla. En general, en los hispanohablantes más jóvenes se

nota una tendencia a la simplificación sintáctica.

Y el escritor de procedencia hispana, ¿cómo puede divulgar su literatura?

Gonzalo Navajas: Es una situación difícil. Yo, por ejemplo, he publicado mis libros en español fuera de Estados Unidos, pues aquí la distribución de estos es más complicada que en otros países. Las opciones del escritor en español en Estados Unidos son limitadas y se concentran en grandes centros urbanos como Los Ángeles, Nueva York, Chicago o Miami. Hay mucho camino que recorrer en este sentido. Con todo, el número de escritores y ensayistas hispanos es amplio y de alto nivel.

Gerardo Piña: Tanto en Miami como en California y Nueva York abundan las revistas literarias en español, como la magnífica *Ventana Abierta*, de California. También publican por estos pagos escritores del resto del país, en *Cuadernos de ALDEEU*, por ejemplo, la revista de la Asociación de Licenciados y Doctores Españoles en Estados Unidos. Esto no significa que el escritor de lengua española encuentre con facilidad editoriales donde publicar sus obras. No disponemos, como en el oeste, de editoriales de la envergadura de Arte Público Press. En Miami está la Editorial Universal, pero publica casi exclusivamente a escritores cubanos.

¿Esta literatura aborda asuntos realistas y contemporáneos, como el problema étnico del hispano, o son otros sus temas?

Gonzalo Navajas: La literatura chicana es tal vez la que aborda con más realismo la situación social del mexicanoamericano. Sus temas son la explotación, el desarraigo, los enfrentamientos con la policía de fronteras, el acoso policial, etcétera. Es una literatura combativa que denuncia situaciones amargas e injustas; tiende a ser bilingüe y ocupa un espacio limitado pero significativo en la concientización de la sociedad americana.

Gerardo Piña: Es una pregunta muy compleja, porque esa literatura en español es enjundiosa, variopinta y, a veces, inclasificable. Me refiero, por ejemplo,

a los autores que siendo de origen hispano prefieren escribir en inglés; en la mayoría de los casos son personas que nacieron en Estados Unidos o llegaron aquí de muy pequeños; hablan español y se denominan hispanos o latinos, pero la lengua en que escriben es el inglés. En poesía hay de todo y para todos los gustos: desde el intimismo neorromántico tradicional hasta la poesía bilingüe de los neoyorriqueños, que acusa una gran preocupación social. En la narrativa ocurre algo similar: hay desde novelas realistas de factura tradicional hasta otras más experimentales. Y, claro está, en muchas de estas obras se refleja la realidad circundante.

¿Algún pronóstico sobre el uso futuro del español en Estados Unidos? ¿Seguirá abriéndose paso, cobrando mayor importancia cultural y literaria?

Gonzalo Navajas: Pienso que el español en Estados Unidos seguirá incrementado su importancia por dos razones fundamentales: porque la población hispana va a seguir en aumento de manera exponencial hasta llegar, en 2020, a los sesenta millones de habitantes (es decir, los habitantes hispanos de Estados Unidos serán un país grande dentro de un país más grande) y porque el nivel educativo de esta población está en aumento y, con él, su inserción en la vida política y cultural.

Gerardo Piña: Lo importante no es que seamos tantos o cuantos (es decir, que nos cuenten) sino que contemos, para lo cual tendremos que aunar nuestros esfuerzos, supeditando los chovinismos particulares a una política amplia y universalista que abarque a todos los grupos hispanos del país. El uso del español en el este, como en el resto de Estados Unidos, irá creciendo. Y la calidad de ese español dependerá del acceso que tengan a la educación las nuevas olas de emigrantes. ¿Se podrá hablar algún día del español de Estados Unidos? Yo creo que sí. Y ese español, claro está, será una variante más, ni mejor ni peor, de las tantas que ofrece nuestra lengua. —

— TONI MONTESINOS

TRADUCCIÓN YO ES OTRO

Only that which survives the fire counts.
Clayton Eshleman

César Vallejo ha sido una de sus peores pesadillas, su enemigo imaginario y su compañero a lo largo de los últimos cuarenta años. En 1965, antes de emprender el largo y tortuoso periplo que lo llevaría (literal y simbólicamente) a Perú, *soñaba* con los *Poemas humanos* en inglés. El cuerpo del poeta peruano llegaba por las noches —con los zapatos llenos de lodo— a interponerse entre él y su primera mujer. Profesor de la Universidad de Eastern Michigan y editor de la revista *Sulfur* —dedicada a la poesía y la traducción y donde publicara a poetas dioses como Pound y colaboraran Michael Palmer y Eliot Weinberger, entre otros—, Clayton Eshleman es, además de ensayista y poeta, *el* traductor de Vallejo al inglés.

Las obras de Artaud, Aimé Césaire, Neruda y esta edición bilingüe de Vallejo son la muestra de un trabajo obsesivo y minucioso de traducción. Entendiendo el verbo *traducir*, en el caso particular de Vallejo, como una forma de aprehender el lenguaje poético —uno de los más crípticos— y el proceso creativo de un escritor que, como bien señaló Rodolfo Mata, no necesitó firmar manifiestos de vanguardia para introducirse “naturalmente en ella”.

Eshleman se adueña de esta poética al hacer de la traducción una forma de vida y no sólo una experiencia literaria. Se jugó la vida mudándose a Perú, con su esposa embarazada, para negociar con una viuda celosa los derechos de traducción de su marido. Siguió los pasos del poeta hasta París, donde se detuvo en su tumba e imaginó la columna vertebral de su poesía. Se acercó a él, también, con dos viajes a México, sin hablar español. México fue para Eshleman, como para Bretón, Artaud o los *beatniks*, el tren que lo llevaría del desierto a la imaginación: de lo racional a lo irracional o de la oscuridad a la

luz. Sin ese estado “irracional” quizá nadie se atrevería a traducir a Vallejo. Hace falta arrojo, *culot* —sí, mucho— para enfrentarse a “El Intraducible” —en palabras de los propios poetas peruanos. Hacen falta, también, lealtad y determinación, e incluso amor, como sugiere Mario Vargas Llosa en la introducción del libro, para llevar a cabo esta labor titánica.

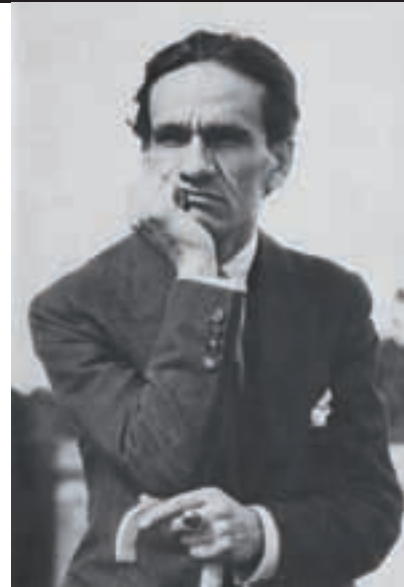
En los años sesenta, durante una estancia en Japón, Eshleman se inicia con la traducción de los *Poemas humanos* (1968), guiado por su primer maestro, el poeta y editor Cid Corman. Aunque las últimas palabras de la introducción afirman “*My work is done*”, no tardará mucho en contradecirse: de regreso en Estados Unidos conoce a José Rubia Barcia, poeta y ensayista que lo anima a seguir con *España, aparta de mí este cáliz* (1974). El siguiente paso, que supuso su consagración como traductor, fue la edición bilingüe de *Trilce* en el año 2000. Finalmente, se despidió (ahora sí para siempre) con su versión de *Los heraldos negros*, primera obra del poeta y apertura lógica de esta edición.

*There are blows in life, so powerful... I
[don't know!
Blows as from the hatred of God; as if,
[facing them,
the undertow of everything suffered
welled up in the soul... I don't know!*

Los “heraldos negros” se leen *naturalmente* en inglés (como dictados por Vallejo).

Permanecen, en la traducción, la vitalidad y la fuerza, el golpe de la estrofa del original; no importa si se lee en español o en inglés: es Vallejo. Eshleman logra, con toda sencillez, traducir lo complejo y poner “al lector en la misma perspectiva que tendría en español”: no ante el poeta intocable y hermético, no ante la interpretación o explicación del poema, sino ante la emoción en bruto, tal y como sucede en castellano:

Hay golpes en la vida, tan fuertes...
[Yo no sé!



César Vallejo: *El Intraducible*, traducido.

Golpes como del odio de Dios;
[como si, ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

La principal premisa de Eshleman dice: “traducir es recrear, no interpretar”. Su decálogo coincide con las *Tres notas sobre poesía* de Weinberger: no “colonizar el texto”; traducir palabra por palabra; no explicar o intentar elipsis que sinteticen el verso; buscar equivalentes; reinventar de acuerdo con la misma lógica “ilógica” del poema; repetir la puntuación, los cortes, los acentos; recrear los sonidos. Sólo bajo estos términos, en la “disolución de la identidad” (o del yo) y sirviéndose de la imaginación para recrear, Eshleman entiende y lleva a cabo la traducción de *Trilce*:

*I strive to deflect at a blow the blow.
Her two broad leaves, her valve
opening in succulent reception
from multiplicand to multiplier,
her condition excellent for pleasure,
all readies truth.*

No hace falta hablar el mismo idioma, pero sí descifrar la respiración de las palabras y comprender que los sonidos significan; según Weinberger, los mejores traductores saben sólo a medias el idioma original (en el caso de los peores, es su idioma materno).

CARTA ABIERTA

Vusco volvvver de golpe el golpe.
Sus dos hojas anchas, su válvula
que se abre en succulenta recepción
de multiplicando a multiplicador,
su condición excelente para el placer,
todo avía verdad.

Eshleman aprovechó las dificultades literarias y vitales que encontró como traductor y creador. Imaginó en inglés lo imposible (arcaísmos, neologismos, rupturas sintácticas y coloquialismos); sobrevivió toda suerte de obstáculos (la pérdida de borradores) y confrontó sus propias resistencias y demonios. Hizo de la traducción, además de un oficio, una forma de conocimiento y la materia prima de sus poemas. Escribió su obra al tiempo que luchaba con los laberintos vallejanos: escribía para “traducir sus traducciones”. De esta lucha entre uno y otro idioma nació un tercero: su propio lenguaje. Uno de los poemas centrales de Eshleman, “The Book of Yorunomado”, refleja esta relación de lucha con Vallejo:

*We locked. I Sank my teeth into
bis throath, clenbed, bis fangs
tore into my balls, locked*

Eshleman exorciza y vence. Las dificultades encontradas a lo largo y ancho de la poesía de Vallejo enriquecen y fortalecen su imaginación; el tiempo invertido en el otro transforma y consolida su escritura. Se apropia de “lo otro”, de lo desconocido (el español, su carga emotiva y su contexto) y de la voz de Vallejo en inglés. De muchas formas, el sacrificio se ve recompensado.

El final de esta historia se resume en una edición bilingüe con prólogo de Mario Vargas Llosa y una introducción de Efraín Kristal, setenta páginas de notas, una cronología detallada de la vida del poeta y un ensayo que registra, en un tono cálido, con la inteligencia y sencillez que caracterizan a Clayton Eshleman, el proceso de *The Complete Poetry of César Vallejo* (University of California Press, 2007). —

— GAËLLE LE CALVEZ

■ ■ ■
El acto de fuerza cometido el 10 de abril por los legisladores del Frente Amplio Progresista violenta el orden democrático.

Todos los partidos tienen derecho a participar en los debates, pero no a secuestrar la institución que les permite opinar, influir, votar y construir un consenso. Menos aún con banderas en favor de un debate que proceden a clausurar. Menos aún cuando se trata de legisladores que aceptaron su investidura para legislar.

Los debates deben llevarse a cabo tanto en el Congreso como en los medios de comunicación.

Vencer con amenazas y actos de fuerza no es convencer en el debate que México necesita.

■ ■ ■
Ricardo Alemán, Luis de la Barreda, Roger Bartra, Humberto Beck, Tania Carreño King, Adolfo Castañón, Ricardo Cayuela Gally, José de la Colina, Ramón Cota Meza, Christopher Domínguez Michael, José Ramón Enríquez, Jorge Fernández Menéndez, Héctor Fix-Zamudio, Leopoldo García-Colín, Fernando García Ramírez, Luis González de Alba, Teodoro González de León, Armando González Torres, Olbeth Hansberg, Bruno Hernández Piché, Enrique Krauze, Mario Lavista, Rafael Lemus, Soledad Loeza, Valeria Luiselli, Eduardo Matos Moctezuma, Álvaro Matute, Jean Meyer, Silvia Molina, Mauricio Montiel Figueiras, Octavio Novaro, Julio Patán, Juan Puig, Rafael Pérez Gay, Arcadio Poveda, Federico Reyes Heróles, Luis Felipe Rodríguez, Alejandro Rossi, Pablo Rudomín, Daniel Sada, Guillermo Sheridan, Leopoldo Solís Manjarrez, Fernanda Solórzano, Julio Trujillo, Isabel Turrent, Josefina Zoraida Vázquez, Juan Pedro Viqueira, José Woldenberg, Ramón Xirau, Gabriel Zaid.